

## EN EL CENTENARIO DE LEOPOLDO BENITES

---

Simón Espinosa Cordero

Conocí a Leopoldo Benites Vinuesa en un feo edificio de las calles Salinas y Santiago en Quito. Era el año de 1977. El Banco Central del Ecuador cumplía 50 años de servicio. Rodrigo Espinosa Bermeo y Eduardo Samaniego, gerente y subgerente, lo habían contratado para que escribiera la historia del instituto emisor. Le montaron un departamento cómodo. Don Leopoldo hacía oficina pocas veces. Le gustaba hablar del lagarto, la mira del fusil y el mar. Desde que supo que éramos ex alumnos de la Universidad Católica de Quito miraba con cierta condescendencia a la terna que trabajaba con él para las fiestas del cincuentenario. Él socialista, grande, planetario. Sabía de los jesuitas. Los había soportado en el Colegio de San Felipe Neri en Riobamba. Empezaba a afectarle el invierno del descontento. Tenía 72 años. Se comportaba como el rey Lear y como él “descargado de responsabilidades se arrastraba hacia la muerte”.

Corría el año de 1924. No cumplía aún los 21 de edad. Ganó un primer premio de cuento promovido

por el colegio Vicente Rocafuerte. El relato ganador se titulaba *El Enemigo*. Reflejaba lo que había visto en la provincia más poblada de los indios más pobres de los Andes ecuatorianos. Tres años después publicó el cuento *La Mala Hora* y con él inauguraba el realismo social en la literatura ecuatoriana. De ese mismo año son *Plata y Bronce* de Fernando Chaves y *Un hombre muerto a puntapiés* de Pablo Palacio. Era la década de 1920. Las reformas sociales propiciadas por las revoluciones mexicana entre 1910 y 1920, y la soviética desde 1917 influían en los obreros y pensadores ecuatorianos. La Revolución Juliana de 1925 sepultó por un tiempo al liberalismo financiero. Las vanguardias literarias se rebelaban contra el lenguaje tradicional. “La lluvia crepitaba obstinadamente y el viento se esforzaba por romper —como un audaz ladrón de media noche— las maderas débiles de la choza que crujía defendiéndose del invisible empuje. Graznó una lechuza. —*Mardita seas gran... marcada* —refunfuñó la vieja persignándose”, así comienza *La Mala*

*Hora*, la historia de Nicasio Ronquillo, que “hacía mucho tiempo había sentido por primera vez la gana de matar”. Historia de un hombre bueno y sencillo, víctima de la injusticia, que, en una mala hora, se hace justicia por mano propia. “*Marditos* sean los blancos tragones que quieren descamisar *ar pobre*” —rugió la vieja. —No se preocupe, mamá. Yo mandaré por *usté* —dijo— y cogiendo su alforja, su poncho y su machete, salió hacia la selva brava, hacia la libertad, hacia la vida, en medio de la tempestad que hacía crujir los árboles con su música plutónica y magnífica”. Así concluye *La Mala Hora*. Lengua, estilo cortado, ambientación del campo y de la selva, temas sociales. Benites Vinuesa mostraba el camino a los fundadores del Grupo de Guayaquil. Más aún: en el Vicente Rocafuerte había sido profesor de Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta y los había introducido a la lectura de los cuentos de Horacio Quiroga y “a su prosa sabía que expresa exactamente su estoica visión de las relaciones que mantiene el hombre con las fuerzas naturales” (Jean Franco: 237).

Benites dejó de escribir cuentos y se dedicó al periodismo, decisión que más tarde habría de lamentar. Publicaba una columna en *El Universo*, bajo el epígrafe de “Hombres, hechos, cosas”. La firmaba con el seudónimo de *Alsino*. “Yo había leído el libro de Pedro Prado, el chileno, que se llama *Alsino*, una espe-

cie de Ícaro americano, un hombre al que le nacían alas, vuela escrutando el mundo desde lo alto y un día se le incendian las alas y cae: entonces pensé que el símbolo para mí no era Ícaro, demasiado griego, demasiado pedante, que teníamos un Ícaro latinoamericano, el hombre que mira desde lo alto este mundo. Esa fue la intención del seudónimo”, dice Benites. (Citado en Calderón: 185). Y desde lo alto, con su poderoso talento analítico y global a la vez, hizo crítica política, económica y social, una crítica tan crítica que en el gobierno de Carlos Arroyo del Río fue perseguido por la fuerza represora de ese régimen, los carabineros, y terminó desterrado y prisionero en Esmeraldas. En lo más crudo de la lucha, Benites dejó el seudónimo y dio la cara con su propio nombre.

El Benites biógrafo data de la época de profesor en el Colegio Vicente Rocafuerte entre los años de 1936 a 1942. Publicó en la revista de ese colegio el año de 1941 *Un zapador de la colonia*, ensayo biográfico sobre Espejo. Tenía a su disposición la magnífica biblioteca del Colegio. La tesis de este ensayo radica en la palabra “zapador”, que significa soldado destinado a los trabajos de excavación. Refiriéndose al Espejo que “no se incorporó dentro del gran movimiento indígena del siglo XVIII, contemporáneo de él, que encendía desde México a Bolivia” y refiriéndose a que Espejo quiso hacer probanza de limpieza de

sangre aludiendo a unos supuestos títulos nobiliarios de Navarra, escribe: “Y no era cobardía ni sumisión dócil lo que guiaba la conducta del mestizo genial. Tenía sus planes propios y sus propias ideas respecto a la emancipación. Quería una independencia orgánica de América con gobierno propio, con autonomía política, con nacionalización del clero, con amplia vertebración económica en bloques regionales de producción (...). Por estas ideas luchó. Hizo por ellas propaganda soterrada de zapador constante. Soportó cárcel y destierros. Sintió sus piernas agarrotadas por el grillete pesado...”. (Ecuador, *Drama y Paradoja* 194).

Más tarde, en 1960, volverá a escribir sobre Espejo, y nuevamente en 1969. En la primera fecha lo hizo en la introducción al tomo de *Precursores*, para la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, y en la segunda fecha en una introducción a la biografía de Espejo del investigador Philip L. Astuto. En estos dos últimos escritos, Benites, tal vez recordando a su padre médico y solidario con los pobres, a quien tuvo como modelo, escribe con amor sobre el Espejo científico y médico, organizando con más prolijidad los datos consignados en la primera biografía tal vez demasiado sumaria y ampliando la visión del quehacer y el significado de Espejo. También en 1960, en la misma Biblioteca Mínima, Benites se habría de ocupar de José Mejía Lequerica. “A Mejía

Lequerica, que es uno de los grandes olvidados de la historia, le tengo profunda simpatía por esta razón... Los personajes a quienes yo me he referido han sido grandes inconformes” (Calderón: 248). El motivo en el caso de Mejía fue porque se trataba de un mestizo que aceptó su identidad, sufrió persecución a causa de ella y supo mostrar en las Cortes de Cádiz lo que valía un verdadero mestizo, humanista integral, científico y hombre superior a los prejuicios de su tiempo.

Para preparar esta breve noticia sobre el Benites escritor pedí ayuda a Guayaquil. La revista *Vistazo* me envió unas tres hojas preparadas por la Academia de Historia del Guayas. Allí me enteré de una obra de Benites que no había conocido: un ensayo titulado *Don Juan y el anti-amor*, del año de 1945. Según esa Academia se trata de “un extenso y erudito ensayo”. Recordando que el médico ensayista español Gregorio Marañón publicó en 1940 *Don Juan. Ensayo sobre el origen de su leyenda*, “original y discutida interpretación del personaje literario como un caso patológico de narcisismo sexual” (La Enciclopedia: 9669), me pregunté si esa fue la fuente de inspiración para Benites. Habrá que investigarlo.

Y con esto, llegamos a las dos obras más conocidas y más importantes del Benites escritor: *Los argonautas de la selva y Ecuador: drama y paradoja*. Cuando estuvo desterrado y preso en Esmeraldas en el

gobierno de Arroyo del Río, Benites quedó deslumbrado por el paisaje de Esmeraldas y la bondad de su gente, que, además, le prestó una máquina de escribir, en la que compuso la primera parte de los *Argonautas*. En la cárcel escribió el libro en que su sed de justicia le había hecho soñar. Una biografía novelada del tramo más grande de la vida de Francisco de Orellana, el fundador de Guayaquil, el famoso tuerto, descubridor del río Amazonas, acusado en España por los hermanos Pizarro de traición y abandono.

“Cayó en mis manos (...) el (libro) de José Toribio Medina, que trae toda la documentación; déjeme decirle que yo no soy hombre de archivos y además toda la vida de Orellana está en los archivos españoles, pero José Toribio Medina, ese gran erudito chileno, nos hizo el beneficio de darnos en un libro casi toda la bibliografía esencial sacada del Archivo de Indias, y encontré con sorpresa que el fundador de mi ciudad, que la quise y sigo queriendo, no era un traidor, era uno de los más extraordinarios capitanes de la historia...” (Calderón 151-153). El libro apareció en 1945 en la colección “Tierra Firme” del Fondo de Cultura Económica de México.

El relato comienza en Guayaquil, prosigue en Quito, cruza los Andes por Papallacta y el Reventador, baja a la selva, sigue el curso del Coca y el Napo hasta el Amazonas y el Atlántico, acompaña a Orellana en España ante la corte,

refiere la defensa de la honra del capitán ante el Rey, el matrimonio de don Francisco, las vicisitudes para equipar una nueva expedición que conquiste para España y el Imperio las márgenes de ese río-mar, el retorno, la lucha con los indios y la muerte de Orellana a manos de éstos en el mismo río por él descubierto para Occidente. “Del gran sueño ambicioso nada quedó. No tuvo Orellana el éxito que todo lo justifica ni el oro que todo lo hace perdonar. Ni se perpetuó en hijos que exaltarán su memoria. Su vida fue una lucha por vencer la adversidad del destino. Una vida dramática y heroica que la historia no ha querido comprender. La calumnia hincó en su memoria sus dientes envenenados. Ninguna voz se elevó a defender al fracasado. Se quedó solo en la soledad de la historia. La adversidad que le venció en vida, le siguió hasta los confines de la muerte. De todo lo que quiso hacer —del sueño demasiado grande de su vida hazañera— sólo quedó una cosa perdurable: la ciudad que fundara una mañana de julio en las tierras bravas de los huancavilcas, Santiago de Guayaquil, que creció en lucha tenaz contra una adversidad semejante a la que persiguiera a su fundador, pero que pudo vencer el sino como si aleteara el alma batalladora del hombre que le dio existencia”. (*Los Argonautas*, II, 166-167)

Los críticos han alabado en esta obra el haber captado el rigor inexo-

rable con el que el Destino rigió la vida de Orellana y lo llevó a la tragedia y a la muerte y al olvido. Han alabado el lenguaje magnífico: lleno de la música de la selva y del vigor de la naturaleza, caudaloso y fluido como los ríos que describe. Han señalado la intención del autor: humana, generosa, imbuida de un alto espíritu de justicia. Han criticado la pobreza de las fuentes, y que el relato, sobre todo en la primera parte, no avance. Cosa explicable por la monotonía de la navegación fluvial flanqueada por un paisaje hermoso pero repetido y hostigante. Benites, sin embargo, nos ha dejado una obra de fascinación, de altura espiritual, ejemplar en la fe del personaje, en la lealtad y espíritu magnánimo. No desmerece ni de los relatos antiguos sobre el descubrimiento, ya sea el maravilloso de Fray Gaspar de Carvajal, y el de La Condamine, o la novela de aventuras de Julio Verne titulada la *Jangada* del siglo XIX ni el relato novelado de Robert Whitaker *The Mapmaker's Wife* sobre la vida y el viaje —desde la antigua Riobamba por el Amazonas hasta las Guayanas— de doña Magdalena Grandmaison de Godin en busca de su esposo, publicada el año pasado en los Estados Unidos.

A propósito de la invasión peruana de 1941 y del Tratado de Río de Janeiro de 1942, Benites Vinuesa creyó conveniente ensayar en su columna de El Universo una reinterpretación de la historia eua-

toriana. Así lo hizo. Fue una secuencia relativamente larga. A raíz de ella, recibió la visita del filósofo mexicano Daniel Coció Villegas, encargado de editar la colección *Tierra Firme* para el Fondo de Cultura Económica de México. Coció pidió a Benites que escribiera una biografía del pueblo ecuatoriano, un ensayo de interpretación histórica, a partir de lo escrito para El Universo. Así nació el libro más importante de Benites *Ecuador: Drama y Paradoja*. La obra fue escrita en dos meses, pero el libro solo fue editado en 1950.

El libro es un ensayo muy personal del autor que comienza dando una función decisiva a la geografía en la vida del pueblo ecuatoriano para proseguir ensayando sobre los hombres de barro, los hombres blancos y los de ébano vivo, aborígenes, españoles e indios. La conquista es el crisol de esta tierra y estos hombres, habla de la trinidad sangrienta de las instituciones opresivas de la Colonia, el influjo de la religión con santos y verdugos y un notable capítulo sobre la marginalidad mestiza en que con intención irónica y olfato sociológico entra en los motivos vitales de las élites y en los vericuetos del alma del pueblo mestizo, segmento medio y bajo de la pirámide colonial. Hasta aquí, con algunas excepciones, el protagonista ha sido el pueblo. Al tratar de la República recurre a las grandes figuras de los caudillos y mandatarios. En el capítulo final titulado

“Ecuador: Drama y Paradoja” analiza “La Hoguera Bárbara”, “El Becerro de Oro” y “Hombres sin Tierras y Tierras sin hombres”. Llega la obra hasta 1925 y ofrece algunos agudos avances hasta el 28 de mayo de 1944.

Logros de esta obra son el esfuerzo sostenido por plantear la relación geografía-pueblo; la presencia de la lucha de clases como punto de vista del análisis de la realidad nacional; la vinculación hombre-naturaleza, lucha de clases-mestizaje-conflicto racial; y la crítica al capitalismo en su estadio de imperialismo, acierto notable si se tiene en cuenta que el libro fue escrito antes de la Guerra Fría. Los desaciertos son imponer una estructura literaria tripartita que no siempre funciona, la falta de crítica a las fuentes y la ambigüedad en el uso de ciertas categorías sociológicas. Pese a estos reparos menores, *Ecuador: Drama y Paradoja* es ya un clásico y tiene pleno valor actual como lo simbolizan las metáforas drama y nebulosa. Drama por la geografía, la biodiversidad humana, la injusticia social. Nebulosa por la tendencia centrífuga que no acierta a configurar condensaciones de identidad cultural. El libro es un llamamiento a dejar el pasado en paz y a mirar el porvenir. La identidad se fabrica con la acción y sólo un poquito con la memoria.

Para concluir este recuento de la obra literaria de Benites hay que aludir a su intención de incursionar

en el teatro con el drama titulado *Aguas Turbias* sobre la adaptación del hombre europeo a la selva amazónica. El drama fue representado en Uruguay, pero nunca en Ecuador. “Yo no estaba lo suficientemente capacitado para un género que requiere una especialísima contextualización mental como es el teatro”, dijo en una entrevista hecha por Carlos Calderón Chico (220).

Leopoldo Benites siempre amó escribir poesía. Y aunque repudió algunos poemas de juventud, de corte modernista, se mostró poeta en prosa en *Argonautas de la Selva* y en los primeros capítulos de *Ecuador: Drama y Paradoja*. Pero en la plenitud de su carrera diplomática escribió *Poemas en Tres Tiempos*, libro editado en Guayaquil en 1977. El autor señala que el primer tiempo es el del predominio de las limitaciones formales al que corresponde *Soneterio del amor sin orillas*; el segundo tiempo es el de la liberación de la forma, pero conservando sus elementos de esencia, al que pertenece *Cantos del amor unívoco*; el tercer tiempo es el de la poesía como instrumento para expresar la crisis del tiempo social. (*Poemas en tres tiempos, Palabras liminares*).

Los poemas de *Cantos del amor unívoco* encierran en una aséptica frialdad un temor seco, una angustia que es, paradójicamente, el envés de la angustia del hombre primitivo frente al cosmos. Y entre las dos angustias, la historia de la cultura desde la nada acompañada del

sentimiento religioso hasta la nada acompañada de soledad autónoma.

Con esta visión de la obra literaria de Leopoldo Benites Vinueza rendimos tributo a un gran escritor que nunca se repuso ni de la muerte de su padre ni de la de su hijo Roberto Benites Sierra, que vivió en soledad interior los últimos años de su vida, que no soportaba a Julio Jaramillo, tenía graves reparos sobre el estilo y la sinceridad de Montalvo, renegaba de la oratoria populista de Guevara Moreno y Jaime Roldós, amaba la música clásica y leía con pasión a los grandes místicos occidentales y orientales. Y se vanagloriaba del poder de sus puños. Un hombre singular. Un gran ecuatoriano, que no está entre los ciento mejores publicados por Vistazo y elegidos por el pueblo. Su lugar lo ocupa Otilino Tenorio: Ecuador: Drama y Paradoja.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Leopoldo Benites Vinueza. Los argonautas de la selva. 2da. Edición. Quito-Guayaquil. Clásicos Ariel. Volúmenes 68 y 69. Sin fecha.
- Ecuador: Drama y Paradoja. Quito. Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional. 1986.
- Poemas en tres tiempos. Guayaquil. Colección “Letras del Ecuador”. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. 1977.
- Carlos Calderón Chico. Tres Maestros. Guayaquil. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. 1991.
- Jean Franco. Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la independencia. Barcelona: Ariel. 3ra. Edición. 1980.
- La Enciclopedia. Volumen 13. Madrid. Salvat Editores. 2004